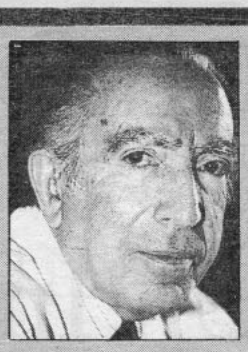
Revista de
Libros
EL MERCURIO

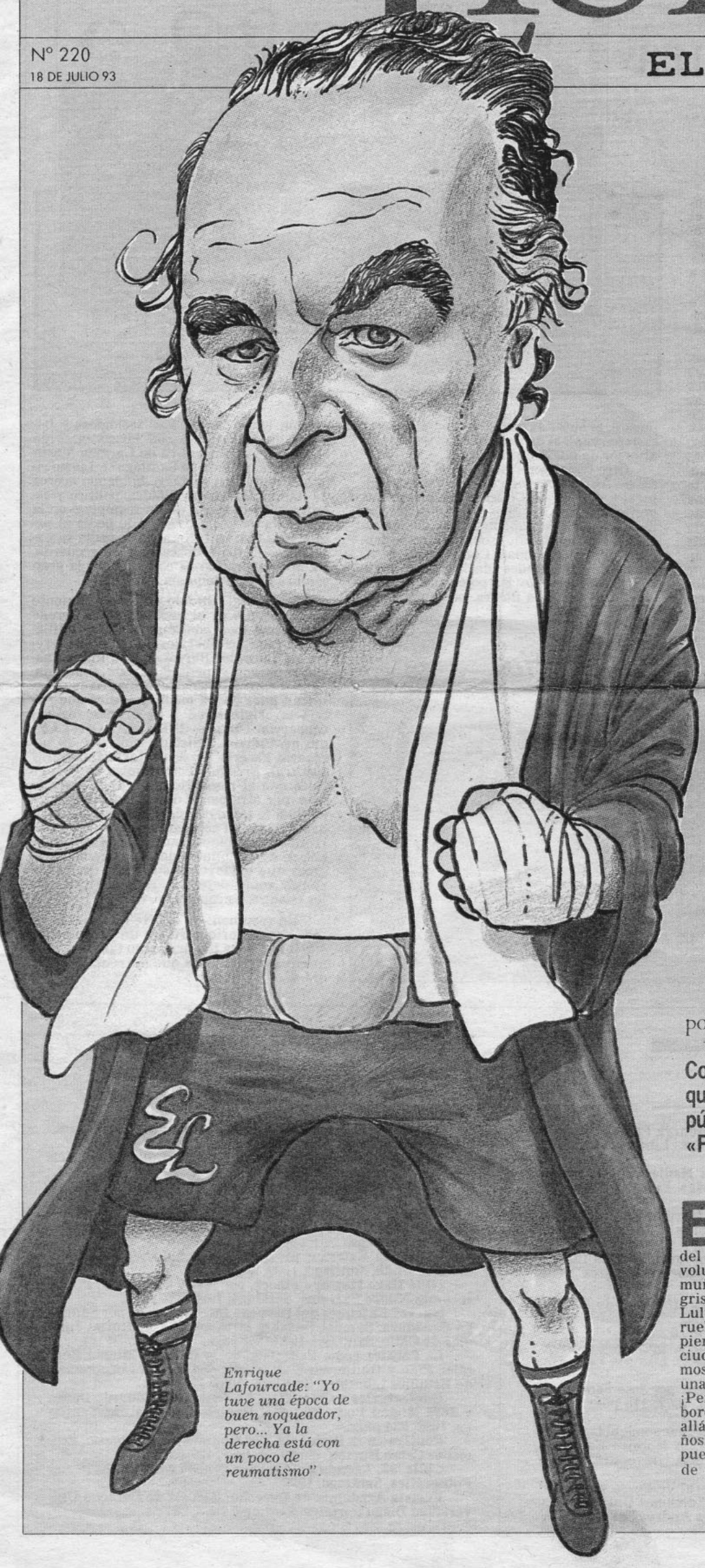
Nº 220
18 DE JULIO 93

Dr. Armando Roa, autor del libro **Augusto Orrego Luco en la Cultura y la Medicina Chilena**

Un Innovador En la Ciencia Y la Cultura
por Ramón Florenzano U.
(pág. 2)



Lafourcade: Invención de Mil Voces
por Antonio Avaria
(pág. 5)



Enrique Lafourcade: "Yo tuve una época de buen noqueador, pero... Ya la derecha está con un poco de reumatismo".

Enrique Lafourcade: "El Escritor Es Un Imaginativo De Tiempo Completo"

por Ana María Larraín

Con los guantes bien firmes para enfrentar la polémica, este escritor que tiene a orgullo ser el que más ha publicado en Chile le entrega al público su última novela: «Mano Bendita», semifinalista en el «Premio Planeta» (España).

ESTA feliz con su casa nueva, Enrique Lafourcade. Y no es para menos. Encaramada sobre las laderas del cerro San Luis, allí ha dispuesto con voluptuoso virtuosismo su colección de muñecas, aprisionándolas entre el azul y gris de esos grandes espacios que adora. Lulú, con su lindo cuello picado por la viruela del tiempo, preside el vacío que se pierde tras los amplios ventanales sobre la ciudad de Santiago. A un costado, un hermoso retrato gigante en blanco y negro de una luminosa niñita: "Es la baronesa. ¡Pensar que ya tiene más de 50 años!" Y bordeando los vidrios de la nostalgia, más allá de la amplia cama que cobija sus sueños, una mesa de arrimo cariñosamente puesta para el té, con un lindo candelabro de múltiples brazos. Como este Enrique, siempre pronto a encenderse con la primera chispa.

"Me pareció interesante trabajar el antihéroe"

—En su última novela usted rescata un mundo perdido: el boxeo.

—Sí. El boxeo se va. Y es como una alquimia. Son cosas que desaparecen, pero que tuvieron su poder. Desde los años 30, Chile tuvo tres grandes boxeadores: Vicentini, Loayza y Roblero. Todo el mundo los fue a ver; pelearon en América Latina y llegaron a Nueva York y a Chicago. Loayza,

(Continúa en la página 4)

"El Escritor...

(Viene de la página 1)

el Tani, casi ganó el campeonato mundial. Era de Iquique, que fue la proveedora de grandes figuras, como Arturo Godoy, Buchones e incluso Enrique Venturino.

—¿Con qué fin, aparte del estético, quiso usted rescatar ese mundo?

—Creo que el único alimento seguro que tenemos, y el único terreno seguro que pisamos, es el pasado. Una vez que se instala en la memoria, adquiere todo un esplendor de vida y es el alimento normal de todos los escritores.

—Pero usted instala en ese pasado la figura empequeñecida del antihéroe.

—Sí, me pareció interesante trabajar el antihéroe, el pobre diablo, el "humillado y ofendido", el hombre del subterráneo. Porque yo cometí las mismas equivocaciones que cometen casi todos los escritores: escribir algunas novelas sobre uno mismo, o sobre un héroe que se parece a uno mismo.

—¿Es decir?

—Un ser descontento con el mundo, sumamente inteligente, que quiere matar al padre y ama a la madre, que adora a una hermana que se le murió joven y cuya concepción de la vida y del mundo va a cambiar las bases de la existencia... ¡Cosas así! Un hombre que anda buscando algo que no sabe lo que es... ¡y todo esto durante 300 páginas! Además, ya hay grandes novelas de las profundidades de la sicología humana: Proust, por ejemplo. ¡Difícil igualarlo! Entonces dije: ¡NO! Hay otro ser humano que es el desconocido, el hombre gris muralla. Voy a dirigirme ahí. Y empecé con **Palomita Blanca**, que insinúa esa línea; **Novela de Navidad** la reitera; **Pepita de Oro** y **Hoy está solo mi corazón** siguen en eso. Y ahora, **Mano Bendita**: seres arrastrados por el temporal.

—¿Cómo funcionan aquí los elementos biográficos?

—Aquí el traspaso de identidades es prácticamente nulo. No hay nada mío. Nada.

"No hay novelas sobre boxeadores"

—Yo no diría, ah. De partida, está el sentimentalismo de Lafourcade...

—Bueno, sí. El pasado admite los tonos sentimentales. Pero los trabajé con un cuidado espantoso. No llegar al tango, ni... ¡aunque estuve al borde! El final lo hice cuatro veces. Fue un trabajo artesanal, si bien no da la sensación. Por lo demás, es el viejo consejo de Aristóteles. Fuera de eso, yo acepté el desafío estilístico y estructural que la novela proponía y que me gustó muchísimo: contarla desde la cabeza de un tipo neurológicamente dañado, que confunde pasado con presente, que no sabe si está vivo o está muerto. Eso me daba la libertad total. Y además, la idea del lenguaje: que no haya lenguaje, que sea como una manera de respirar, que no se note, pero que haya comunicación.

—Es decir, que haya pura "habla".

—Exacto. Habla popular. O silencios, de repente. Y creo haber conseguido esa gran invisibilidad en algunos capítulos, especialmente en los del final. Trabajé eso con gran alegría; por lo menos durante unos dos años desde las notas primeras.

—¿Cómo trabaja usted sus textos?

—Bueno, generalmente uno parte con algún estímulo. Con la "inoculación" de que hablaba Henry James. Una palabra, una imagen, algo que echa a andar el proceso. Entonces empiezo a juntar papelitos escritos por mi mano o recortes; los voy metiendo en una carpeta y después empiezo a escribir a un espacio. A veces escribo el primer capítulo y el último. Y sigo buscando, pero ya les he puesto nombre a los héroes; les pongo cara y empiezo como a... alojarlos en mi interior.

—¿Usted conoció al "Mano Bendita"?

—Yo anduve mucho con este boxeador, junto a Jorge Teillier. Era Buchones, pero... da lo mismo. Lo conocí hecho pedazos, mendigando en la puerta del Caupolicán; vendía calugas y... ya no podía hablar, peleaba con las sombras.

—Oiga, pero... ¡qué patético ese mundo!

—Tremendo. No hace mucho conocí en la feria de Ovalle a un cargador de sacos al que le decían "El Calambrito". Chico, viejo, con 80 años. Y había sido campeón de Chile. Lo mismo el caso de Godfrey Stevens, que trabaja de mozo en Australia. O de Martín Vargas, que sobrevivía como cartonero en Puente Alto... Entonces me interesó ese submundo y, sobre todo, el hecho de que no haya novelas sobre boxeadores.

—Y el hecho de escoger antihéroes ¿obedece a alguna razón especial?

—Sí. No a levantar una proclama, por cierto: yo soy un impresionista lúdico. Pero creo que hay más verdad vital en el antihéroe que en el héroe. El fracasado y el quebrado tienen más que comunicar sobre la naturaleza de la condición humana que el "superstar".

"Hay que mantenerse peleando, haciendo guantes"

—¿No será que uno siempre comienza como héroe y termina en las antípodas?

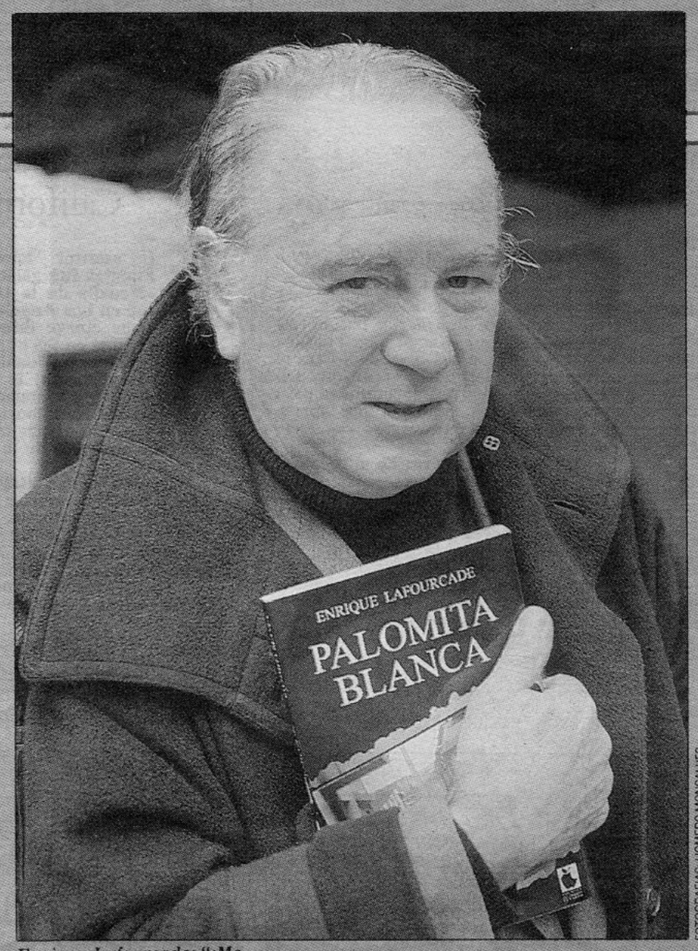
—Bueno, uno siempre quiere ser héroe, quiere ser un triunfador, evidentemente, y en el camino pasan millones de cosas. Pero esa no es mi proyección, porque a mí en general, me ha ido bastante bien. Ahora quise dejar, eso sí, mi peripecia personal de lado —ya está bueno, ¡hasta cuándo!, a quién le interesa— para inventar mundos, pero mundos que no sean inventados. Inventar sin inventar.

—¿Por qué apeló usted al viejo recurso criollista de recuperar el habla fonética de cierto sector?

—Bueno, es por el tema. No había manera de enfrentarlo de otro modo. Lo mismo sucede en **Palomita...** No hay ningún otro narrador salvo la primera persona, que habla desde adentro de su cabeza. Y esa fue, fíjate, la objeción principal que tuvo el jurado español para darme el «Premio Planeta»: que había un lenguaje lleno de coloquialismos chilenos. Pero mis defensores fueron José María Valverde y Martín Riquert, lo que me llenó de... ¡bueno!, de satisfacción.

—Lafourcade parece un buen promocionador de sí mismo. Siempre está.

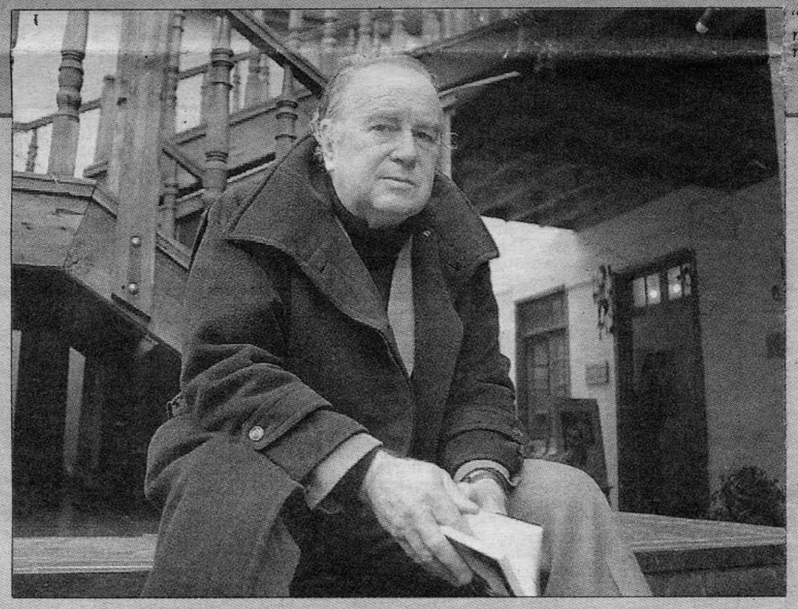
—No, mira. Lo que sucede es que uno sigue viviendo como ha vivido siempre, pero hay una manga de curiosos, comentaristas literarios, entrevistadores (mirada fija) amigoso enemigos (risas) que a uno lo examinan... se empieza a crear como un mito alrededor de uno. Las mitologías...



Enrique Lafourcade: "¡Me salgo de madre, no más! Me voy de palabra. No suena la campanilla a tiempo y me paso de largo".

FOTOGRAFÍAS: HOMERO MONSALVES

"Yo decía toda clase de burradas. Era el modelo de intelectual, o de aprendiz de intelectual, enfático y patudo".



"El periodismo me ha ayudado muchísimo".

—...que usted fomenta.

—Que ellos fomentan (corrige). Mira, yo nunca he planificado mi vida ni la he administrado con esas miras. La verdad es que no hago ningún cálculo.

—¿Cree ser muy impulsivo?

—Sí, en muchas cosas sí. Pero en otras no: soy un trabajador muy sistemático y disciplinado. Tengo casi 33 libros publicados y...

—... pero eso no es índice de calidad.

—¡No importa! D.H. Lawrence escribió 47 libros y murió de 50.

—Lo cual tampoco indica calidad pareja.

—¡No importa! Nadie, ¡nadie! produce un libro bueno, y después otro segundo más bueno que el primero, y un tercero mejor... ¡No es así el proceso! Esto es como el boxeo: hay que mantenerse peleando, haciendo guantes, finteos. ¡Sí! (Se acalora un poco) Aquí los escritores, oye, son muy divertidos. Entran a la SECh porque han publicado unos folletitos con unos gemidos líricos; después escriben una especie de biografía novelada sobre ellos; ¡ah, es una novela! (irónico a matar). Pasan diez años y escriben una segunda novela, con suerte una tercera y... ¡con tres o cuatro libros quedan listos! "Se les acabó el pebre", como decía Luis Durand. A mí, ese estado de estitiquez del intelectual chileno me parece curioso, ah... (duro). Es falta de oficio; falta de amor a su oficio.

"Mi oportunidad como escritor es ésta: escribir y publicar"

—Pero usted podría mantenerse lo más bien en training, a punta de finteos, sin publicar. ¿Por qué entregarle compulsivamente todo lo que ha hecho al público?

—(Interrumpe) No, no es todo, no es todo. Yo tengo un archivo lleno de cosas que... Son diez a quince libros que podrían salir de allí. ¿Por qué? Por disciplina o por vejez, supongo. No creas que no tengo coladores. Lo que pasa es que me gusta mi oficio. Y me gusta probar que soy un escritor que publica. Que escribe y entabla comunicación. Mi oportunidad como escritor es ésta: escribir y publicar.

—Usted es un buen crítico: supongo que encontrará algunos libros suyos mejores que otros.

—¡Por supuesto! Pero el rulfismo no me parece fecundo; no es campo que lleve al desarrollo del escritor. Después de **El llano en llamas** y **Pedro Páramo**, algo le pasó a Rulfo. Y terminó.

—¿No le hubiera gustado dejar sólo dos trabajos como los de Rulfo?

—¡Pero es que él quería seguir escribiendo! Y se le produjo un bloqueo. Lo podría entender: un estado de sequía.

—Sequía que usted no conoce.

—¡Para nada! Nunca, las frases me van saliendo como agua del manantial. Pero me sentiría feliz, plagiando a Borges, de que al menos dos páginas mías permanecieran. Y creo haberlas escrito: el final de **Palomita Blanca**, el principio de **Variaciones**, el final de esta **Mano Bendita**.

—Es que además usted tiene el ejercicio permanente de la crónica.

—El periodismo sí, me ha ayudado muchísimo. Y en otra época las clases. O la soledad. Cuando viví en Estados Unidos, siete años, escribí como un contrapeso, como una manera de..., como un exorcismo. Cuando estás afuera por mucho tiempo se produce algo curioso. Y ahí escribía, escribía.

—¿Estando consciente de lo que era, realmente, el acto de escribir?

—¡Sin tener idea! Aún no tengo sobre eso la menor idea. Será un acto de traducirse, como lo ha dicho algún otro escritor. De fundar: la fundación del ser por la palabra... heideggeriana. (Medita en voz baja, como para sí mismo.) Malraux dijo que su única aspiración era dejar "una pequeña cicatriz sobre la tierra", "un rasguño", algo así... Supongo que un escritor quiere hacer lo mismo que el pelusa cuando escribe su **grafitti** sobre el muro: "Aquí estuvo el René." (Risas) ¡Aquí estuvo Borrrges!

"Yo soy un medio pesado"

—Usted, que se mantiene con los guantes puestos para escribir —y yo creo que también para vivir—, ¿qué sentido le da a la pelea?

—¿A la pelea? La pelea deportiva me parece a mí importante, ah. Hay normas para ella; es un código de honor. Y supongo que una gran discusión es una pelea deportiva. Los grandes duelos intelectuales y verbales de la Edad Media lo eran. La vida es como un match de boxeo; el amor también lo es.

—Pero es bien difícil hacer el amor con un par de guantes puestos.

—Mmmm... Pero la relación hombre-mujer es la relación de dos contrincantes. Si son buenos deportistas, van a hacer una buena pelea. (Engulle una tostada) Tienen que estar en sus pesos, eso sí. Tienen que ser de la misma categoría. Un peso pesado con un mosca... ¡no! Na' qué ver.

—¿Usted es un peso pesado o qué?

—No, yo soy un medio pesado. (Conteniendo una carcajada)

—La beligerancia, por lo demás, fue una de las proclamas generacionales que usted lanzó en su Antología **del año 54...**

—Bueno, en esa época yo decía toda clase de burradas, ¿no? Era el modelo de intelectual, o de aprendiz de intelectual, enfático y patudo. Piensa tú lo que es inventar una generación que no había escrito nada, o muy poco. Ahí recogí el primer cuento que había escrito en su vida Pepe Donoso. Y Edwards, también.

—¿Por qué le dedica su libro a Jorge Teillier? ¿Por ese poema del boxeo que tiene él?

—Bueno, sí. Pero también porque tal vez él fue uno de los primeros en hacer un paralelismo entre el boxeador y el hombre, y en presentar el boxeo como una parábola de la vida humana. Además, es uno de los que más saben de boxeo en Chile. Porque son seres marginales y poéticos, los boxeadores. Y son muy bondadosos. Como les han pegado tanto... Pero no, tampoco los de mi generación tuvimos grandes peleas: dos rounds, a lo más.

"Nunca me he sentido un intelectual químicamente puro"

—Pero tuvieron un buen noqueador por delante: Lafourcade, el "Lengua Bendita".

—(Se ríe.) Yo tuve una época de buen noqueador, pero... Ya la derecha está con un poco de reumatismo.

—¿No cree haber abusado de su "agresividad" hasta el punto de hacer una pose de ella?

—Es posible que haya llegado a abusar, pero no para estar en la polémica, sino por una especie de impulso indetenible que tengo. ¡Me salgo de madre, no más! Me voy de palabra. No suena la campanilla a tiempo y me paso de largo.

—En todo caso, ¿a usted qué le interesa más: ser... o estar?

—Es difícil la pregunta. Hazme una más fácil. ¿Ser o estar, haber o tener? (recitando la gramática del colegio). A mí me gustan varias cosas. Yo nunca me he sentido un intelectual químicamente puro, un escritor. Me interesa, en primer lugar —y para sentirme vivo—, mi oficio. Un contacto permanente con el mundo de la naturaleza; salir corriendo en el norte a caminar por las playas. Y la música, muchísimo. Y las cosas vitales, como comer, enamorarse, tener amigos: dos o tres.

—Enamorarse, ¿cuántas veces? ¿Y de cuántas personas simultáneamente?

—Pocas o muchas veces. Y simultáneamente también. El escritor es un imaginativo de tiempo completo e inventa, a partir de una mujer concreta, otras mujeres. ¡Aunque después viva la realidad con cierto... sacrificio! Pero, ¿ves? Es una totalidad de posibilidades. Yo quiero ser, quiero estar, quiero haber y quiero tener: los cuatro auxilios vitales. No quiero que me pase lo que a Borges, que por ahí dijo con alguna tristeza: "Vida y muerte le han faltado a mi vida".

—¿Y a qué ha dedicado, usted, finalmente, su vida?

—Yo, lo que hago, es —como dijo un amigo mío— "encontrarle la hebra a la piedra". ¡Encontrarle la hebra a la piedra! Entre las luces y sombras de mi caja negra, donde habita ese ser que no distingue bien entre mundo interior y mundo externo, pero que se ilumina cuando ve, al bajar la cuesta, esa densa neblina que de repente clarea y permite vislumbrar los mil colores que, como rayos, configuran la vida.